

En el centro de esta fotografía vemos a una mujer frente a un muro de dos tonos. Tiene los brazos ligeramente cruzados detrás de la espalda, con la cabeza levemente inclinada hacia la izquierda, mostrando parte de su cara. Lleva un sombrero rojo con una hebilla por encima del ala y un vestido de espalda abierta de color coral. En su omóplato derecho, su tez oscura se transforma en una cicatriz en relieve con un tono más claro. La cicatriz irregular, parcialmente cubierta por la tira del sujetador y el vestido, se extiende hacia la parte trasera del brazo derecho antes de fundirse con su compleción natural.

Solo se ve la mitad superior de la mujer. Se puede apreciar su pelo corto y rizado bajo el sombrero y, aunque no le vemos los ojos, el pendiente dorado de su lóbulo izquierdo resplandece.

Estamos lo suficientemente cerca como para distinguir que la cicatriz de su espalda, aun claramente visible, no es reciente. Ha pasado suficiente tiempo como para que se cure la herida y, aunque puede que desaparezca con el tiempo, el recordatorio físico de su lesión es algo que llevará consigo el resto de sus días.

Hice esta fotografía en Liberia en 2017 como parte de mi primer proyecto personal: «The Process of Re-learning Bodies» (El proceso de volver a conocer nuestros cuerpos). Comenzó como una exploración sobre cómo supervivientes de eventos traumáticos de toda África se adaptan a los cambios de sus cuerpos, además de marcar la ausencia de la efusiva cultura sobre el positivismo corporal.

Cuando fotografié a esta mujer, de pie frente a un muro pintado de azul y blanco, ya llevaba un tiempo documentando cicatrices. Para entonces ya tenía el aplomo suficiente como para acercarme a la gente y preguntarle por sus heridas, por las historias que hay tras ellas y por cómo lidian con esas marcas que han alterado sus cuerpos.

Este proyecto trata de cómo personas de diferentes comunidades contemporizan con sus cicatrices y está inspirado en lo que he visto por todo el continente. La mayoría de las fotos que he visto de cicatrices de personas africanas son de fotógrafos blancos y a menudo se centran en víctimas de maltrato horrible, violencia o terrorismo. Esa visión me resultaba grotesca. Recuerdo una imagen de una mujer africana con enormes cicatrices fotografiada sin parte de arriba y sentada en el suelo. ¿Qué necesidad había de que estuviera en el suelo? ¿Por qué no podía sentarse en una silla? Está claro que las cicatrices, las lesiones y sus traumas son importantes, pero puedes seguir representando a la persona que las lleva consigo de manera digna.

Lo que descubrí es que esto se reflejaba en la sociedad: mucha gente veía las cicatrices desde la fascinación por lo grotesco, y yo quería destacar una realidad diferente, más amable. Porque muchas cicatrices no se deben a violencia o maltrato.

A veces son consecuencia de accidentes de tráfico, agua hirviendo o incendios.

La mujer de esta foto desarrolló su cicatriz tras un accidente de tráfico. Si bien es cierto que las cicatrices van asociadas a una larga historia sobre su origen, yo prefiero centrarme en su impacto a largo plazo; no solo en lo físico, sino también en cómo hacen sentir a sus portadores. Porque lo que siempre quedan son los sentimientos, a menudo más tiempo que las propias cicatrices, que se van desvaneciendo hasta desaparecer.

Esta foto, así como la serie de la que forma parte, es muy personal para mí. Yo misma sufrí un accidente de tráfico de pequeña que me dejó una enorme cicatriz todavía visible. Como mujer nigeriana, quería observar cómo nuestras comunidades influyen en la manera en que vemos nuestras

cicatrices y en cómo volvemos a conocer nuestros cuerpos. Yo crecí sin que mi cicatriz me afectara, pero cambiar de comunidad hizo que cambiara mi historia.

Recuerdo que, cuando era pequeña en Nigeria, mi cicatriz se comentaba de manera muy abierta y natural. Completos desconocidos me preguntaban: «Dios santo, ¿qué te ha pasado?». Pero cuando me mudé a Estados Unidos para estudiar, la gente se quedaba mirando, no decía nada y apartaba la vista. Por primera vez en mi vida, me sentí muy cohibida.

A medida que avanzaba el proyecto, empecé a hacer las fotos más de cerca; a veces las imágenes eran primeros planos tan cerrados que costaba identificarlas: ¿es una cicatriz o un paisaje? Costaba distinguirlas, y eso me encanta. Los patrones de la piel en proceso de curación reflejaban los patrones de la naturaleza.

Esta imagen, tomada con una Canon 5D Mark III, representa un punto medio en el proyecto y busca establecer una conexión entre las marcas de nuestra carne y las de la tierra. Su cicatriz fluye como un río, desde la espalda, a lo largo del hombro y hasta la parte de atrás del brazo. Y es que ese es el objetivo: mostrar los paralelismos entre el proceso de curación de nuestros cuerpos y los patrones preexistentes en el mundo natural.

Me gusta cómo este enfoque juega con la mente. Te hace cambiar de perspectiva y fijarte en cómo miramos las cicatrices. Genera curiosidad y nos ayuda a ver más allá del daño sufrido por nuestros cuerpos y reparar en cómo sanamos.

Siempre me ha resultado extraño que la fascinación de la gente se centre en los detalles escabrosos de *cómo* se produjeron. Quería recuperar el equilibrio y desviar la atención de la curiosidad morbosa que se vierte sobre la «otredad». Quería eliminar ese aspecto de la historia, prescindir de las caras y los cuerpos, y, por tanto, del morbo, para que solo quedara la curiosidad.

Mientras trabajaba en este proyecto, alguien me dijo: «La gente se centra en la cicatriz y se olvida de la herida». Eso me marcó. ¿Y si no viéramos las cicatrices de esa manera? ¿Y si la gente las apreciase desde otra perspectiva, como marcas hermosas? No me costó nada ver la conexión entre las marcas de nuestros cuerpos y las marcas de la naturaleza, y espero que mi trabajo ayude a los demás a verlo así también.

Espero que esta fotografía demuestre que la forma inherente en que nuestros cuerpos se regeneran es un fenómeno natural. Y la sociedad no debería solo reconocerlo, sino abrazarlo.